

En la escuela.
Mariano Quiroga

“En la escuela nos enseñan a memorizar fechas de batallas, pero muy poco nos enseñan de amor”.

Flavio Cianciarullo – Mal Bicho.

Yo quisiera revisar uno de los puntos de violencia que recuerdo de mis épocas de estudiante. Algo de lo que siempre hemos debatido con mis compañeros. Tiene que ver con la negación de las capacidades de los alumnos, el descreimiento de las cosas que a nosotros nos parecían valiosas, nos gustaban, lo que queríamos ser. Recuerdo el tono de las palabras diciéndole a un chico que dejara de jugar al fútbol y estudiara, ahora juega en primera división; a otra chica que se olvidara del teatro, que eso no da de comer, sin embargo este fin de año recibió el premio Clarín a la mejor actriz de cine del año en Argentina; a otros que se callaran, que dejaran de cantar, que no llevaran las guitarras al colegio e hicieran algo para forjarse un porvenir, hoy casi todos viven de la música, ya sea como profesores, instrumentistas o compositores.

¿Qué sucede en los colegios?

Yo viví un adoctrinamiento cruel, en vez de dar elementos para que cada uno pueda desarrollar sus aptitudes, sus apetencias u hobbies, se tiende a desflorar las ilusiones, a teñir de un manto gris, la imposibilidad.

Llegamos a diferentes conclusiones con mis amigos sobre lo que lleva a los profesores a actuar así, desde la envidia a una verdadera saña. Pero también, analizando con mayor frialdad, descubrimos “buenas intenciones” en medio de todo ese desapasionamiento. Los profesores intentaban evitarnos las desilusiones, los chascos. Quizás fuera eso... Y escondido detrás de una pared de buenas intenciones se cae en la humillación, en el avasallamiento de las ganas de los jóvenes, de las aspiraciones de muchos.

Es una violencia muy de soslayo, quizás invisible, muchas veces no tenida en cuenta, pero que va limando, restando, siempre restando. Es algo muy profundo, muy enraizado y que tiene que ver con la falta de futuro, la falta de fe en ese futuro que está abierto delante de los ojos y nos negamos a verlo como un campo de posibilidades infinitas.

Quiero llegar a un punto crítico: “La violencia no es sólo la forma, la violencia es el contenido”.

Cuando se pretende que la vida es lineal, que los deberes de los ciudadanos son unos, que las necesidades, que las aspiraciones y el éxito y el fracaso se acomodan a unos valores preestablecidos, se está ejerciendo violencia. Cuando la educación no se ocupa de las necesidades puntuales, cuando no tiene en cuenta las potencialidades o dificultades particulares se está ejerciendo violencia.

Cuando no se aprende del error, sino del éxito, hay violencia.

Si un niño no puede pintar con los dedos, con las manos, con los codos y sólo debe repetir un jarrón ayudándose de un pincel, es violencia.

Lo más cómodo suele ser lo violento.

Un niño es alimentado, se le da de comer. No tiene ni idea del proceso de elaboración, de la selección de los productos, del equilibrio en la dieta. Todo el trabajo que conlleva preparar ese plato. Si no le gusta, lo escupe y lo deshecha. Yo no conozco a nadie que después de pasarse una hora haciéndose la comida, la escupa y la tire.

Es un ejemplo simplísimo, pero los niños de diez años no se hacen la comida. De hecho muchos ni siquiera se la calientan en el microondas o se saben preparar un té.

En cambio sí, a los 15 años estarán estudiando logaritmos y la cantidad de electrones que contiene el hierro. Pero desconocen cómo utilizar una sartén de hierro para hacer huevos fritos.

Pero mi miedo no pasa por ahí, a hacer huevos fritos se puede aprender siempre.

Mi horror para con la educación tiene que ver con la falta de futuro.

No se quiere aprender para expresarse, para desarrollar un talento o descubrir de lo que uno es capaz, sino que se busca un reconocimiento basado en las ideas animalunas de Darwin de la competitividad, de la supremacía del más apto, del más fuerte. Poniendo a unos por encima de otros.

Uniformándonos a todos: es raro el que toca el violín, el que se expresa por escrito, el que lee demasiado, el que sueña con ser pintor. Se pretende que los alumnos sean iguales, tengan las mismas aspiraciones, busquen lo mismo. Ni siquiera se incentiva a los que tengan gusto por ello que sean también profesores, es un trabajo tan duro, tan mal pagado, tan desagradecido...

Las actitudes de esos profesores siempre serán justificables dadas las circunstancias, lo que no creo que sea justificable es que todos debamos conformarnos con ser simples trabajadores, procreadores hipotecados, consumidores de nuestras esperanzas.

No a la violencia de la falta de oportunidades y mucho menos a una educación que no tenga en cuenta todas nuestras posibilidades, una educación que no nos prepare para amar.